El último tren de la estación del norte



Punto Rojo Libros
www.puntorojolibros.com

El último tren de la estación del norte
Andrés González-Barba

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16439-88-1

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2015 Andrés González-Barba
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Andrés González-Barba

El último tren de la estación del norte

A mis padres, porque todo se lo debo a ellos

Uno



Era una de esas mañanas tristes de otoño de las que se caen del almanaque para acabar esfumándose por el horizonte, engañadas con la vana esperanza de que un nuevo día soleado fuera a borrar todas sus penurias de la memoria del tiempo. El cielo estaba encapotado y no daba ninguna tregua desde hacía casi una semana; una persistente lluvia parecía reírse de los transeúntes que pululaban por las calles de un lado hacia otro intentando sobrevivir a la crueldad de un frío que no terminaba nunca de desaparecer. Quizás por todo ello la ciudad se asemejaba a un inmenso teatro en donde los deseos de sus habitantes se habían perdido por cualquier acera o esquina.

Tal vez fuera mediados de octubre, aunque eso parecía importarle poco a los barrenderos que se afanaban en eliminar pacientemente, con sus largos cepillos, todas las hojas que se acumulaban extraviadas por el suelo. También ellos habían soñado en alguna ocasión con un futuro mejor para terminar claudicando mientras hundían sus rostros en el frío y enfermo pavimento que reflejaba cada mañana todas las miserias del ser humano. Uno de ellos maldijo incluso al hijo de perra que la noche anterior había vomitado todos sus tormentos sobre el acerado.

En esa sinfonía caótica varios padres trataban de correr en vano intentando llegar al colegio a la hora adecuada a la vez que sus hijos aún devoraban por el camino los restos del desayuno. Siempre era la misma rutina diaria, de lunes a viernes, como un martillo que aplastaba las mentes de esos progenitores, los cuales también se veían atrapados en una red de frustracio-

nes y esperanzas rotas, de ilusiones vaporosas que ya nunca llegarían a cumplirse.

Así amanecía cada mañana en la ciudad de los Austrias, aquella nueva Babel del siglo XXI que respiraba el pulso diario de la vida y que llegaba con lo justo hasta el día siguiente. Contagiado por ese pesimismo endogámico se mostraba Carlos Agudo, un detective de segunda división que hasta la fecha nunca había alcanzado su gran oportunidad. Tal vez rondara la cuarentena, aunque por su aspecto parecía algo más avejentado. Era un hombre corpulento, de un metro ochenta y cinco por lo menos y de cara algo cuadrada; de sus hombros tan anchos como un armario colgaban dos brazos lánguidamente. Poseía unos cabellos ensortijados, de un tono castaño oscuro, a juego con el color de unos ojos que en el pasado habían brillado más pero que ahora se apagaban entre las ascuas del desengaño y la desidia. En su frente se estampaba un mapa de incertidumbres, como si hubiese perdido el rumbo y ya no pudiera volver a encontrar de nuevo su camino.

Ese era Agudo, un tipo de lo más vulgar; un personaje más de los miles que durante aquella mañana transitaban por las calles más céntricas de Madrid. A lo mejor su larga gabardina de un tono marrón claro le daba un cierto toque de elegancia, pero sus torpes andares impedían cualquier juicio positivo sobre su persona. Ese era Agudo, un ser al que le abominaban los fracasos del pasado y que estaba embargado por una amargura interna que le corroía hasta el tuétano de sus instintos más primarios. Pocas personas podían ser más negativas que este sabueso de tres cuartos que daba la impresión de haber perdido todos los trenes que le había ofrecido la vida. Por eso su existencia se centraba en investigar casos de poca monta: pequeños espionajes de empresas, infidelidades conyugales, fraudes en las matrículas escolares, impagos bancarios y un triste etcétera que no merece la pena enumerar en esta narración.

Agudo caminaba sin sentido a lo largo de la Gran Vía. Al mismo tiempo que los carteles de los últimos estrenos lo vigilaban, éste no parecía fijarse

en nada que tuviera que ver con el mundo de la farándula. Tan sólo se preocupaba por rebuscar en el ojal de su gabardina otra cajetilla de esos apestosos cigarrillos de tabaco negro a los que se había visto obligado a fumar tras las últimas pagas miserables recibidas. Las cosas no le podían ir peor. No obstante era consciente de que a mediados de mes tendría que abonar una nueva factura de la luz de su oficina, y eso sí que era un golpe bajo directamente dirigido hacia el estómago de su precaria economía.

De todas formas trataba de no pensar demasiado en esas cosas, pues de lo contrario se hubiera hundido en un marasmo existencial de imposible salida. Siempre que tenía algún problema optaba por ver el vaso medio vacío; eso formaba parte de su ADN vital y no podía evitarlo.

Mientras deambulaba por una calle perpendicular a la Gran Vía, notó como una fina lluvia lo estaba empapando cada vez más. Encima se le había olvidado su paraguas en el despacho. Y es que había salido tan rápido hacia el estanco que ni siquiera tuvo la decencia de fijarse en el tiempo que hacía en la calle. Menudo detective; si no era capaz de vigilar la meteorología, entonces sería complicado que se desenvolviera por la ciudad persiguiendo a cualquier sospechoso. Pero en el fondo al sabueso le importaba un bledo que los bucles de sus cabellos estuvieran chorreando. Lo único que parecía congratularle era observar a los viandantes correr de un sitio para otro de la calzada en el mismo momento que se intoxicaba bajo el fétido humo de aquel tabaco barato que tenía pegado a sus labios.

Arrugando el ceño siguió su camino hasta que por fin, después de recorrer un par de callejuelas, llegó al bloque en el que se encontraba su oficina. Se deslizó hacia el ascensor. Era un habitáculo ridículo, de apenas algo más de metro y medio cuadrado, y todo por la tacañería de la comunidad de propietarios, que habían decidido colocar el elevador más pequeño y barato que hubiera en el mercado, amparándose en el argumento de que el hueco del patio era ínfimo.

Por desgracia, el bajo salario de Agudo no había podido llevarlo hacia otro inmueble más digno, así que tuvo que conformarse con alquilar una oficina de mala muerte en un tercer piso, puerta derecha.

Una vez que hubo salido del ascensor, introdujo la llave en la puerta de su despacho. Los goznes volvieron a protestar con el chillido habitual. Muchas veces había jurado engrasar aquellas viejas bisagras, pero al final incumplía sus promesas y no ponía remedio al problema. ¿Para qué hacer hoy lo que puedas terminar mañana?, se repetía en su mente una y mil veces.

Al fin entró en su oficina después de pensárselo mucho. En el fondo le tenía miedo a la rutina; por eso trataba de escabullirse de aquella sensación de pavor que le producían esas eternas horas en blanco en espera de la más mínima oportunidad. Además, sabía que no estaba en condiciones de rechazar nada que se le pusiera a tiro, dado su estado económico.

Dio unos pasos por aquella moqueta verdosa y sintió las motas de polvo danzando a sus anchas. Era alérgico a los ácaros, de modo que estornudó en un par de ocasiones. Estaba tan tieso que ni siquiera podía permitirse el lujo de contar con una asistenta del hogar que al menos le hiciera una limpieza semanal. Más bajo no podía caer.

Una vez hubo comprobado que todo estaba en orden, Agudo se sentó en una silla giratoria de color negro, de aquellas que se pueden adquirir a bajo precio en Ikea. Enfrente tenía la pantalla de su ordenador. Cuando movió el ratón apareció aquella imagen evocadora que siempre tenía como fondo de escritorio; se trataba de una fotografía paradisíaca de los Mares del Sur, concretamente de la isla de Samoa. Se quedó hipnotizado al contemplarla durante unos segundos, ya que en cierto modo era capaz de sentir la brisa y el sol de aquel lugar que por desgracia se encontraba a miles de kilómetros de una ciudad tan desapacible en esa época del año como era Madrid. Deseó haber tenido dinero para coger un avión e irse a la aventura,

como hizo en su momento Robert Louis Stevenson; sin embargo, las cosas no eran tan fáciles como parecían.

Pronto abandonó ese sueño imposible y comenzó a consultar algunos documentos de casos aún pendientes. Como era de esperar, eran pura basura, nada que pudiera poseer valor para un detective como él que aún estaba a tiempo de lograr un cierto prestigio, o al menos esa fue la meta que se propuso al inicio de su carrera. Ahora parecía que todo le daba igual, moviéndose por una inercia acomodaticia amparada en una existencia demasiado abúlica.

A la vez que revisaba esos papeles, la lluvia golpeaba el cristal de su despacho. Entonces Agudo se dio cuenta de que la ventana estaba entreabierta y que el agua empezaba a colarse por la habitación. «Lo que faltaba —se maldijo—, que la dichosa pintura de la pared se termine de estropear y que tenga que reparar las manchas de humedad».

Cuando terminó de cerrar la ventana, volvió a sentarse en el asiento giratorio y apoyó sus brazos en una mesa de escritorio que era de lo más vulgar, probablemente fabricada con algún tipo de aglomerado industrial que no daba muchas garantías de perdurar en un futuro. Entonces volvió a caer en el efecto hipnótico del fondo de pantalla de su ordenador pero, sin saber por qué razón, bajó levemente su mirada hacia un punto muy concreto de la mesa. Era el rincón izquierdo, en donde tenía colocado su teléfono. Mientras lo contemplaba con aparente desidia, comprobó cómo se encendía el pilotito rojo que avisaba de la llegada de una llamada. En ese momento comenzó a sonar aquel tono tan estridente que frecuentemente le ponía de los nervios cuando sobre todo se hallaba inmerso en una jornada de duro trabajo.

—Agudo al habla —expresó con el mínimo de atención y con no menos desgana.

Al otro lado del hilo telefónico se oyó, después de un breve silencio, una respiración un poco entrecortada. Fueron apenas unos segundos imperceptibles, el tiempo suficiente como para que el detective se diera cuenta de que estaba en comunicación con una persona de cierta edad. Menos mal que ahí su sentido de la intuición no le había fallado.

—Buenos días, señor Agudo, mi nombre es Jorge Sempere. No nos conocemos de nada, pero no sabe lo que me alegra contactar con usted.

—Está bien, Sempere, dígame qué es lo que quiere y no se ande con demasiados rodeos porque estoy muy atareado —protestó el investigador tirándose un farol, ya que apenas unos minutos antes había bajado al estanco a comprar su horrible tabaco para intentar matar el aburrimiento.

—De acuerdo, no se ponga tan nervioso. Verá, le llamo porque tengo un caso muy interesante para usted, pero como comprenderá no podemos hablar de esto por teléfono, sería demasiado vulgar. Es algo que creo que le gustará estudiar, así que desearía que nos viéramos esta misma tarde.

—No sé, no tengo nada en contra lo que me propone pero ya le he dicho que estoy muy ocupado, aunque por otra parte sería muy descortés rechazar la invitación de una persona que ha llamado a mi oficina, ¿no cree?

—Así me gusta, Agudo. Veo que ya nos vamos entendiendo mucho mejor. Parece usted un tipo razonable, por eso creo que podremos llegar a un acuerdo.

—Sempere, no puedo seguir con esto si no desembucha pronto. Tengo una reputación y me fastidia andar a ciegas. A menos que me diga algo más de lo que se trae entre manos, le juro que tendré el culo pegado a mi asiento todo el día sin moverme de aquí.

—Me decepcionaría mucho si rechazara mi oferta. No sabe lo generoso que puedo llegar a ser.

—¿De cuánto dinero estamos hablando, Sempere?

—De muchísimos euros, más de los que se puede imaginar. De todas formas, si no está interesado en el caso que quería proponerle, siempre puedo llamar a otras personas. Debe haber por ahí algún detective que esté dispuesto a resolver este *affaire* y, créame, me daría mucha pena si al final no fuera usted.

Ahora era Agudo el que se mantuvo en silencio durante unos segundos. Se sentía igual que un boxeador noqueado que estuviese aprisionado contra las cuerdas del cuadrilátero a punto de besar la lona.

—Muy bien, señor Sempere. Es usted una persona demasiado persuasiva. ¿Dónde quiere que quedemos?

—Vaya, eso sí que me va gustando mucho más, mi joven sabueso. Pero si al final vamos a ser dos grandes amigos y todo —ironizó el viejo—. Verá, trabajo en un anticuario en la calle Toledo. Ya sabe, al lado de la Plaza Mayor. A lo mejor puede que hasta lo conozca.

—Sí, he pasado muchas veces por ahí. ¿Cuándo podemos vernos? —contestó el detective algo impaciente.

—Cerramos a las ocho y media, de modo que podría pasarse sobre esa hora para charlar más tranquilos. ¿Qué le parece, Agudo?

—Bien, de momento no tengo otros planes mejores. Procuraré ser puntual.

—Hasta la tarde, pues —respondió un Sempere muy crecido por el triunfo alcanzado ante su oponente.

El investigador privado colgó su teléfono y calculó que la conversación que había mantenido con el viejo no pudo haber durado más de un par de minutos; a pesar de lo cual, y sin saber por qué extraña circunstancia, le dio la sensación de que hubieran estado hablando mucho más tiempo. Presentía que estaba cociéndose algo importante, sobre todo a tenor de la oferta tan generosa que el anticuario deseaba desplegar sobre el tapete de la mesa.

Además, el detective se dio cuenta de que la oferta podía resultar una tabla de salvación para su maltrecha economía.

Sin más demora siguió trabajando con los documentos que tenía apilados sobre la mesa. Quería arañar todo el tiempo posible para concentrar sus energías en el nuevo desafío que se le había puesto a tiro.

Dos



Agudo se introdujo por las calles del Madrid antiguo intentando sortear a todas las personas que se chocaban con su figura corpulenta. Iba ataviado con su gabardina habitual que para él era como una segunda piel, y afortunadamente esta vez sí llevaba el paraguas consigo. A pesar de todo, por la tarde no llovió, con lo cual se pudo transitar un poco mejor por las aceras. Como los comercios estaban a punto de cerrar, había mucho ajetreo por toda la zona. Los turistas se dirigían sumisos y en varios grupos hacia la Plaza Mayor, en donde el ambiente era muy animado.

El detective estaba tan embebido en sus pensamientos que apenas reparó en los puestos y en las tiendas de la plaza. Se llegó a preguntar varias veces el motivo de la llamada de Sempere aquella mañana a su oficina para proponerle un nuevo caso. Después de no llegar a ninguna conclusión, imaginó que por fin había tenido un golpe de suerte; menos mal, ya que su trayectoria de los últimos meses había resultado de lo más patética, pudiendo resolver sólo algunas bagatelas.

Entonces pasó por una de las puertas laterales de la plaza y comenzó a bajar por una calle empedrada. Debía tener cuidado, ya que el pavimento aún estaba húmedo y podía resbalar y caerse al suelo. Era lo que le hubiera faltado, no poder acudir a la cita por culpa de un accidente.

Llegó por fin a la calle Toledo y se aproximó a la Taberna la Percha, que se encontraba muy cerca del anticuario. Esperó a que fuera la hora prevista y se asomó al escaparate de la tienda. Entre un abigarrado surtido de jarrones chinos y otros objetos de similar ralea, distinguió la figura de un

hombre de una envergadura mediana y de unos ochenta años de edad, con el pelo canoso y una perilla del mismo tono. Poseía una cara ancha y un color de tez sonrosada; sus ojos eran pequeños y curiosos, como los de un hurón, mientras que su nariz se mostraba rechoncha y abultada. No mediría más de un metro sesenta y cinco, siendo muy generoso. Vestía, además, un traje de chaqueta de color marrón oscuro y, sobre la garganta, asomaba un fular que le rodeaba el cuello estrangulándolo como una boa constrictor. Sin lugar a dudas tenía que tratarse de Jorge Sempere.

Agudo entró en aquella especie de santuario sin saber muy bien qué era lo que iba a sacar de allí.

—Buenas tardes, señor Agudo. Me alegra conocerlo en persona — admitió el anticuario alargándole una gruesa mano al sabueso.

—Usted dirá qué es lo que quiere de mí —gruñó éste con la típica parquedad de palabras que le caracterizaba.

—Todo a su tiempo, pero por favor, no se quede ahí porque el día tampoco está demasiado apacible que digamos. Pasemos a mi despacho ya que ahí estaremos más tranquilos.

El detective siguió la invitación de aquel hombre algo estrafalario y, tras andar unos metros, se dio cuenta de que la tienda era una maravilla. Por supuesto nunca había mostrado el menor interés por el arte, pero intuía que allí podía haber miles de euros repartidos entre esas antiguas esculturas, cuadros y objetos de mobiliario. Algunas pinturas tenían mejor aspecto incluso que las de muchos museos, pero él no solía frecuentar por supuesto el Prado ni tampoco se le esperaba por el Reina Sofía o el Thyssen.

—Veo que le gustan las antiguallas —declaró Agudo como único piropo ante todo lo que veía.

—Claro que sí, Agudo. Las antigüedades han sido mi pasión desde que era un niño. Si le soy sincero, cuando mi madre me llevaba a casa de mis

abuelos, siempre me interesaba más por todas las obras de arte que tenían allí que por el estado de salud de ellos. De toda la vida he sido un devoto hacia todo lo que tuviera que ver con el pasado, así que no es extraño que mi obsesión fuera abrir un anticuario.

—A eso le llamo yo tener las cosas claras —apostilló su invitado.

Al mismo tiempo que el anciano le hacía un ademán con su mano para que lo siguiera, le dijo a la empleada que había junto al mostrador:

—Dolores, ya puede cerrar la tienda cuando quiera. No se preocupe, pues mi amigo y yo nos quedaremos charlando un buen rato en mi despacho, así que ya nos veremos mañana.

—Como usted diga, señor Sempere —respondió la subalterna casi con devoción—. Hasta mañana.

Después de haber recogido sus cosas, la muchacha de cabellos morenos y rostro ensoñador se marchó de allí, no sin antes asegurarse de que había cerrado correctamente por fuera la puerta con su llave.

—Dolores es una chica encantadora. Lleva trabajando conmigo unos años y se ha convertido en una persona de absoluta confianza.

—Ya, pero no creo, Sempere, que me haya hecho venir hasta aquí para hablarme de las bondades de su empleada —le cortó el detective de una forma impertinente y algo despiadada.

—Agudo, sabe usted ir al grano cuando le interesa. De acuerdo, nos atendremos a las reglas del juego tal y como habíamos pactado por teléfono. Venga conmigo a mi despacho.

Los dos caminaron, no sin cierta dificultad, entre aquellas valiosas reliquias que se hallaban desperdigadas por esa especie de antiguo bazar persa, de esos que salían en los cuentos de «Las mil y una noches». A medida que el anticuario observaba el creciente interés que Agudo manifestaba por sus cachivaches, cada vez se sentía más dueño de la situación. Sabía que tenía en

la mano a su adversario y que, aunque el detective mostrara por fuera una actitud tan altanera, en el fondo se hallaba impresionado por lo que ofrecía en su tienda.

Una vez pasaron al fondo de aquella amplia habitación, Sempere abrió una puerta que los condujo a su despacho. Era un sitio algo angosto y, como cabía esperar, estaba atestado por mil objetos de arte. Al igual que en el resto del local, la atmósfera de aquella sala se hallaba algo enrarecida. Después de encender la luz, el anticuario se precipitó a apagar la de la gran estancia que habían abandonado hacía tan sólo unos segundos atrás.

—Como comprenderá, no me puedo permitir el lujo de gastar tanta electricidad porque todo se está poniendo carísimo. Si el Gobierno nos sigue subiendo los impuestos y nos aprieta más las clavijas, no sé adónde vamos a ir a parar.

Agudo no entendía que la misma persona que era capaz de gastarse miles de euros en adquirir una vieja obra de arte, y que incluso le había hablado de ofrecerle una buena suma de dinero después de la conversación telefónica que habían mantenido por la mañana, fuera a la vez tan tacaña que no se pudiera permitir ni siquiera el lujo de dejar un rato la luz encendida de la otra habitación.

—Siéntese aquí —le espetó el anciano en un tono de orden.

El detective obedeció y comprobó que el sillón que le había ofrecido el anticuario era mucho más cómodo que el de su oficina. Asimismo, advirtió que en su mesa de escritorio Sempere tenía un conjunto de pequeñas estatuillas de diferentes épocas. Su mirada se detuvo en una que le causó cierta impresión porque se trataba de la figura de un ser que tenía un aspecto maligno, diríase casi diabólico, algo que lo desconcertó sin lugar a dudas. No pudo evitarlo y se quedó mirándola durante unos segundos.

Cuando los dos estuvieron ya sentados uno enfrente del otro, Sempere volvió a tomar la palabra y prosiguió con su discurso:

—Me imagino que estará preguntándose por qué motivo he contactado con usted. Debo darle alguna explicación, ¿no cree?

—Sería lo más lógico —barruntó Agudo sin dejar de ocultar cierta perplejidad en sus palabras después de escuchar los comentarios del viejo.

—Mire, mi joven e incrédulo detective, aquí está el origen de mis pesares. ¿Qué le parece?

Mientras decía esto, desplegó una especie de pergamino impregnado con una tez amarillenta que había sufrido el desgaste producido por el paso del tiempo. Aquel documento mostraba una ilustración de la época medieval perteneciente a algún códice desaparecido en donde se observaba a un monje con un libro abierto entre sus manos.

—¿Qué opina, Agudo? ¿A que nunca en su vida había visto algo similar? No me negará que se trata de una preciosidad.

El investigador respondió con un gesto de desconocimiento total y se encogió de hombros.

—No sé qué decirle, Sempere. Para mí no deja de ser un bonito dibujo, nada más. Ya le he dicho que no soy ningún experto en arte. ¿Cómo se lo puedo meter en la cabeza? —protestó con un tono de desesperación profundo.

—Está bien, hombre. No se altere tanto. Verá, este documento pertenece al viejo «Codex Hispanorum», de finales del siglo XII o principios del siglo XIII, aproximadamente. Como puede observar, en esta miniatura el monje sostiene algo. Se trata del «Libro de las almas», una reliquia que le encantaría a cualquier bibliófilo. Algunos estudiosos consideran que puede ser de mediados del siglo X incluso, aunque no se han puesto nunca de acuerdo sobre esta última cuestión. Durante todo este tiempo muchas personas han ido en su búsqueda y desde hace años no se sabe nada de él.

—Perdone, Sempere, pero creo que se ha equivocado de persona. Tendría que haber contratado a Indiana Jones, ¿no le jode? Soy un investigador

serio que va detrás de casos atractivos, ya sabe, maridos infieles, espionaje empresarial u otras muchas lindezas de ese estilo. No me considero ni arqueólogo ni cazatesoros, ¿me entiende?

—Ja, ja, ja —sonrió Sempere—. Me encanta su sentido del humor. Es un placer trabajar con personas así, pero no nos desviemos del asunto, Agudo, ya que hay muchas más cosas de las que hablar. Pues bien, resulta que este libro, después de haber dado miles de vueltas por muchos países, recaló en mi familia hace un siglo. Ya le he hablado antes de que mis abuelos maternos eran muy buenos coleccionistas. En su casa vi por primera vez este ejemplar. Aún lo puedo recordar como si fuera hoy mismo; era de grandes dimensiones, con pastas duras forradas en piel negra y unas estampaciones doradas en su portada formando unas figuras geométricas. Es lo más maravilloso que he visto nunca y le puedo asegurar que daría todo lo que tengo en mi tienda por ese tesoro —manifestó con unos ojos llenos de codicia.

—Vamos por partes, amigo. Me ha dicho que el libro pertenecía a su familia. ¿Por qué motivo se iban a deshacer de esa obra tan valiosa?

—Eso tiene una respuesta fácil. Al comenzar la Guerra Civil yo tenía seis años. Recuerdo que cuando era inminente la entrada de las tropas franquistas en Madrid, en marzo de 1939, mis padres y mis abuelos tuvieron que precipitar su huida hacia el puerto de Alicante para salir del país. En ese momento de angustia, y a pesar de los esfuerzos de mis progenitores, fue cuando el libro se perdió y no volvió a saberse nada del mismo. Este suceso significó una gran zozobra para mi familia, por eso desde entonces consagré mi vida para hacerme de nuevo con algo que nos pertenecía por derecho.

—No entiendo muy bien, señor Sempere —señaló Agudo algo cohibido después de haber escuchado el relato conmovedor del viejo—. Usted dice que desde hace más de setenta años no ha vuelto a ver ese códice. Si lleva todo ese tiempo buscándolo y no lo ha encontrado, ¿cómo espera que yo dé con él? Es como tratar de hallar una aguja en un pajar. Tendría que estar

otros setenta años detrás de su pista, y no le puedo asegurar que mi vida sea tan longeva.

Una vez que el sabueso hubo lanzado estas últimas e inoportunas palabras, en la habitación se hizo un silencio más propio de la cripta de una iglesia. El coleccionista cerró sus ojos con una expresión de dolor mezclada con cierto abatimiento y decepción. Al verlo el investigador no supo cómo reaccionar. Era un tipo tan sincero que sus comentarios podían herir a cualquiera, y con el anciano lo había conseguido a la primera.

—Perdóneme, Sempere, no quería ser impertinente. Tiene que comprender que todo este asunto del libro me ha cogido por sorpresa.

—Es normal, no se preocupe. Me hago cargo de la situación —aclaró el viejo intentando recuperar la calma—. Lo que pasa es que no se da cuenta de lo importante que es todo esto para mí. Les debo mucho a mis familiares por todo lo que sufrieron, por eso estoy tan obsesionado con ese manuscrito. Además, según me han dicho algunos confidentes, hay noticias de que alguien en Madrid podría tenerlo. ¿No le resulta maravilloso? —observó aquel ser con un cierto aire maligno en sus ojos.

—Estupendo. Si estamos hablando de Madrid, entonces el terreno sería mucho más acotado.

—Por supuesto que sí, querido sabueso. La persona que posea el códice tiene que estar respirando bajo el mismo cielo que nosotros ahora mismo.

—Eso está muy bien, Sempere, pero si algún día diera con ese individuo, ¿qué le digo?, ¿que me dé su precioso libro medieval porque hay un coleccionista que lo quiere?

—Me da igual si lo tiene que robar. Yo mataría por un códice tan valioso. El «Libro de las almas» pertenece por derecho a mi familia desde hace un siglo y ahora tengo que recuperarlo como sea, por lo civil o por lo criminal. Además, en cuanto a los emolumentos que usted recibirá, no se preocupe,

pues ya le dije esta mañana por teléfono que le iba a hacer una oferta muy suculenta.

—Soy todo oídos —sentenció el joven mientras le entraban ganas de frotarse las manos.

—Le avanzaré 3.000 euros para cubrir todos los gastos que tenga en las próximas semanas, y si al final su labor resulta exitosa, entonces le daré otros 9.000 euros más. ¿A que es una propuesta muy tentadora que no puede rechazar? —le planteó el coleccionista a la par que le extendía un pequeño sobre abultado en donde debía estar su primera paga por adelantado.

—¿Se da usted cuenta de la oferta tan desmesurada que me ha hecho? —le preguntó el detective con los ojos desorbitados.

—Soy totalmente consciente de eso, Agudo, pero le juro que no me voy a volver atrás.

—Si es así, le debo dar las gracias por su generosidad —le contestó el detective guardándose el sobre en un bolsillo del pantalón—. ¿Por dónde quiere que comience?

—Por donde le dé la gana, pero ponga toda la ciudad patas arribas si hace falta. Quiero tener resultados cuanto antes, así que estaré permanentemente en contacto con usted.

—No se preocupe, Sempere. Sé buscarme bien la vida y le aseguro que tendrá resultados pronto. Confíe en mí. Ha dado con la persona adecuada para encontrar el libro.

—No lo pongo en duda, Agudo, pero sea discreto ya que no me gustaría que la policía estuviera al corriente de este asunto. Cualquier cosa que nos desvíe de nuestros planes podría producir unas consecuencias terribles.

—Si es por la discreción cuente con mi silencio. No voy por ahí aireando con la pasma los casos en los que estoy trabajando.

—Muy bien, Agudo. Entonces ya podemos dar por finalizada nuestra primera reunión.

Tras haber dicho esto Sempere, le volvió a estrechar la mano con fuerza al detective y, una vez recorrieron todo el anticuario en un camino a la inversa, lo condujo hasta la puerta de salida.

—En fin, que tenga mucha suerte, joven.

—Gracias, creo que la necesitaré. Por cierto, antes de irme querría preguntarle una última cosa —le interrumpió el investigador con algo de misterio.

—Dígame.

—¿Por qué ese nombre de «Libro de las almas»?

—Magnífica pregunta. Eso es así porque en el códice se incluyen unas oraciones para que el piadoso pudiera purificar su alma, preparando de esa forma su camino hacia la salvación eterna. En mi caso no he sido nunca un santo ni espero ahora expiar mis pecados más graves, pero comprenderá que a mi edad todo aquello que tenga que ver con la salvación del alma es algo a tener en cuenta.

—Esa respuesta suya me suena a cuento chino, pero como es usted el que paga, me limitaré a actuar con la boca callada. De todas formas quiero que sepa que yo tampoco me considero excesivamente religioso. Bueno, no lo voy a molestar más. Ya recibirá noticias mías. Hasta pronto, Sempere.

Al marcharse de aquel lugar, el detective rumió en su mente toda la conversación que había mantenido con el anticuario. En lo más profundo de su cerebro había una batalla de pensamientos enfrentados. Debía hallar un viejo códice medieval que aquel ser tan estrafalario le había encargado buscar. No obstante, lo más importante de todo es que cuando se palpó de nuevo el bolsillo del pantalón sintió el tacto de los 3.000 euros. La suerte volvía a sonreírle después de mucho tiempo.

Tres



Arturo Enigma se encontraba tirado en la cama de su habitación. Había trasnochado y al final se acostó a las cuatro y media de la madrugada, por eso al principio no pudo escuchar el sonido de su teléfono. Tenía treinta y cinco años. Se trataba de una persona muy atractiva, con unos ojos azules grisáceos, pese a que en ese momento los tuviera cerrados por sus párpados. Su cara era alargada, con una boca bien perfilada donde se dibujaban unos labios finos y algo rosáceos, como los de un niño. Su cuerpo, bañado con una piel blanca y tersa, se apoyaba sobre el colchón, mientras que unos cabellos de color castaño claro y de textura lacia le caían desordenados en varios mechones por su rostro. Todo ello le confería un aspecto cercano al de un adolescente.

Nuevamente sonó el teléfono. Eran las doce de la mañana, pero Arturo pensó que podrían ser las nueve o las diez como máximo. Después de pensárselo dos veces, se precipitó hacia el saloncito de su apartamento y cogió el inalámbrico. En el instante en que se desperezaba y bostezaba pudo decir:

—Buenos días. ¿Dígame?

—Arturo, ¿eres tú?

—Claro que sí, Javier. ¿Quién iba ser si no? Mira que la preguntita que me haces es menuda.

Javier Tamargo era el agente literario de Arturo Enigma. Se conocían desde hacía muchos años.

—Tengo que hablar contigo seriamente.

—Dime, Javier. Me estás empezando a asustar con ese tono tan lúgubre de voz.

—Te llamo porque me ha salido otro trabajo y quería que tú fueras el primero en saber que no vamos a poder seguir juntos a partir de ahora.

—Joder, ¿y me dices esto por teléfono? ¿Qué pasa con lo que hemos hablado en estas últimas semanas? ¿Es que ya no te interesa la historia de mi nueva novela?

—No te pongas así, Arturo. Ya sabes cómo se mueve el mundo literario. Hoy estás aquí y mañana, allí. Para mí esto también es muy duro; no creas que actúo de esta forma sin haberlo meditado mucho antes. Hemos colaborado juntos durante mucho tiempo, pero ahora creo que es el momento de que cada uno de nosotros siga por su propio camino. Es ley de vida.

—¿De quién se trata?, ¿de esa sabandija de Daniel Matienzos? Sé que estaba detrás de ti desde hacía tiempo. Sus novelas han empezado a venderse como rosquillas mientras que las dos últimas mías han bajado mucho. ¿Es que no tengo derecho a pasar por un bache?

—Por favor, Arturo, no compliques más las cosas de lo que están ya. Tengo mujer e hijos y debo velar por mis intereses. Compréndelo.

—¿Qué lo comprenda?, ¿pero es que te has vuelto loco? Cómo se ve que ya no te acuerdas del éxito que conseguimos gracias a «Luna de invierno». Ingrato, no eras nadie y con ese libro pudiste hacerte un nombre en el mercado de las editoriales. Creo que te has vendido y has oído unos cantos de sirena allá lejos, por eso me das asco y siento ganas de vomitar.

—Te deseo toda la suerte del mundo a partir de ahora, Arturo. Pienso que eres un fantástico escritor y que algún día volverás a escribir esa gran novela que todos estamos esperando desde hace tanto tiempo...

—Quédate esperando tú, maldito capullo. Que te jodan, cabronazo.

Tras escupir estas últimas palabras, el novelista colgó el teléfono con mucha rabia, cortando definitivamente la conversación. Se sentía traicionado por la persona en la que más confiaba. Tantos años de esfuerzo no le habían valido para nada. Era cierto que sus últimas obras no vendieron lo que esperaba, pero pensaba que aún tenía derecho a otra oportunidad. Además, había estado muchos meses dándole vueltas a una nueva historia; el problema era que quizás se había pasado más de la cuenta con el alcohol, por eso las ideas no le fluían con la misma agilidad que antaño. Desgraciadamente a las grandes editoriales no les interesaba un autor que pudiera resultar conflictivo y que parecía haber perdido para siempre su olfato comercial.

Arturo se hallaba abatido y sin ninguna orientación sobre qué rumbo coger. El contrato con su antigua editorial había terminado a finales del año anterior y su representante poseía una cláusula que le permitía actuar libremente en caso de que el escritor no hubiese publicado ningún libro en un periodo de un año, como así sucedió. Durante todos esos meses, Enigma había estado malviviendo escribiendo varios guiones de poca monta para la televisión. Acabó prostituyendo sus principios si se tiene en cuenta que un día llegó a ser una de las jóvenes promesas de la literatura española.

No había duda de que estaba atrapado entre la espada y la pared, por lo que se tendría que habituar a una nueva vida mucho más incómoda que la anterior. Atrás quedaban esos primeros años de gloria en donde era habitual verlo en las secciones de cultura de los periódicos y también, por supuesto, en programas de televisión y radio. Ahora Arturo se veía como un juguete roto, sin que nadie se preocupara por él.

Pasaron unas cuantas horas y el escritor seguía tumbado en su cama. No había comido nada y sólo tenía ganas de desaparecer del mundo. En su cabeza trataba de barruntar mil veces todas aquellas circunstancias que podrían haberlo hecho caer en esa situación tan dramática; a pesar de lo cual, se veía incapaz de encontrar una respuesta convincente.

Entonces, después de haber pasado varias horas enredado entre estériles divagaciones, fue cuando sintió la necesidad de salir a la calle, así que decidió vestirse y se precipitó escaleras abajo. Su apartamento estaba en la calle Alfonso XI, a un tiro de piedra del Parque del Retiro. Los royalties de sus primeras novelas le habían permitido vivir en una zona tan privilegiada de Madrid.

Era media tarde y el sol aún permanecía en una suspensión melancólica por el horizonte de la urbe, aunque comenzaba a poseer ese tono rojizo tan típico de la época otoñal. Enigma accedió al parque por la entrada que estaba situada junto a la Puerta de Alcalá. Subió por unas escaleras y observó a lo lejos a muchos niños que jugaban y que eran vigilados por sus padres dentro de un ambiente muy relajado. El escritor parecía sentirse ajeno a los ecos que le llegaban de los chillidos de los pequeños; le daba igual que el recinto estuviese lleno o vacío, pues en el fondo lo único que quería era desvanecerse por la atmósfera. Sabía que era un fracasado y que el sueño que había perseguido durante tantos años terminó por esfumarse.

Al mismo tiempo que pasaba por el gran estanque central, frente al monumento a Alfonso XII, muchas personas no paraban de dar vueltas subidas en las barcas. Se oían gritos de alegría por todas partes. En ese instante, un turista japonés que estaba haciéndole unas fotografías a su mujer a la vez que ésta se apoyaba en la barandilla de la alberca, se acercó hasta Arturo y, mediante gestos, le pidió el favor de retratarlos a los dos juntos. Sin embargo, el novelista emitió un gruñido por respuesta y el nipón huyó despavorido.

Cuando se introdujo en la avenida de Cuba se levantó un viento muy frío. Además el cielo se nubló levemente. Menos mal que traía consigo esa vieja chaqueta suya que siempre lo había acompañado en las más intempestivas circunstancias. Caminaba como un autómata, con la mirada fija en un punto marginal del horizonte. Se metió por entre las veredas aledañas a esta vía principal, las cuales eran muy frondosas y a la vez siniestras. Poco después

Arturo se sentó en uno de los bancos que había allí intentando poner cierto orden a sus ideas. Después de que una pareja de novios se marchara, aquel lugar se quedó sin un alma alrededor. La soledad de esa zona del parque sólo se vio interrumpida por el lejano graznido de algún ave.

De repente Arturo elevó su mirada hacia el firmamento y vio cómo unas nubes de plomo se estaban agrupando confabulándose en una especie de danza macabra. Ni él mismo comprendía aquella reacción de los elementos naturales. En ese preciso momento le cayó en el rostro una gota de agua que estaba muy fría. Lo que le faltaba era que se pusiera a llover justo entonces.

Mientras tanto, los arbustos situados a su espalda comenzaron a producir un ruido extraño y parecían revelarle algún secreto. El viento arreció y Arturo tuvo que subirse el cuello de su chaqueta hasta taparse media cara. Notaba sus miembros muy entumecidos, casi agarrotados por lo desapacible de aquel tiempo.

Decidió, pues, seguir por la avenida hacia abajo, hasta su desembocadura en la glorieta del Ángel Caído. En dicha rotonda se percató de nuevo de que la soledad le acompañaba como única aliada. Un sol cada vez más sangriento seguía descendiendo por el horizonte y con sus rayos acuchillaba el *skyline* madrileño. Entonces se topó con la escultura de Luzbel. Ahí estaba el ángel rebelde, con un gesto de odio contenido dirigido hacia el Creador. En su brazo derecho y en sus piernas se enredaba una serpiente que miraba al escritor con su boca abierta en señal de amenaza. Arturo padeció un miedo primario e irracional. Sus ojos no podían desviarse de aquella diabólica escultura. Se sentía observado. Un aliento cercano parecía helarle el cuello. Instantáneamente se puso a temblar, tanto que sus dientes castañeaban. El sol moría a lo lejos lentamente y debía quedar muy poco tiempo para que cerrasen las puertas del parque. Ante tanta ansiedad, el novelista pensó que lo mejor sería regresar a su casa para no volverse loco. Sin embargo, sin esperárselo en absoluto, le pareció que la escultura bajaba levemente la cabeza y que lo observaba con una horrible mueca dibujada en su rostro. Arturo

nunca se hubiera imaginado que la cara del Diablo resultara tan espantosa. Esta escena apenas duró unos segundos, pero a él ese tiempo se le hizo eterno.

Impulsado por el pavor, el escritor se alejó de aquel lugar corriendo sin mirar atrás ni un solo instante ante la posibilidad de que la cabeza broncínea de aquella Medusa le petrificara su alma con su mirada asesina. Al mismo tiempo que huía se cruzó con algunas personas que pudieron ver en su cara el terror cincelado en su máxima expresión. Por fin llegó a una de las puertas del parque y se escabulló tan rápido como le permitieron sus piernas, aún entumecidas por los efectos del frío y del miedo.

El tráfico, muy concurrido a esa hora de la tarde, transitaba alrededor de la Puerta de Alcalá. El cielo ya estaba completamente oscuro y las luces eléctricas se habían adueñado de la ciudad. A Enigma le estallaba aún el corazón. Intentaba dar una explicación lógica a lo que le había ocurrido, pero por más que lo hacía, todo resultaba en balde. A lo mejor padecía una demencia severa; tal vez los disgustos de aquel día le habían afectado más de la cuenta a su cerebro. Pero el caso es que no sabía qué hacer. De lo que sí estaba seguro era que no debía volver a su casa. Necesitaba hablar con alguien urgentemente.

El novelista se chocó en su huida con algunos viandantes que protestaron por su actitud. Aún sentía el horror metido en el cuerpo al recordar aquella diabólica expresión que acababa de ver en esa escultura. Era imposible que una estatua pudiera cobrar vida, pero ya no sabía si lo que había presenciado tan sólo unos minutos atrás era real o fruto de su imaginación. En todo caso el corazón le martilleaba cada vez con más violencia, así que decidió coger su móvil y llamar a su amigo Antonio Estrada. El teléfono dio la señal y estuvo sonando un rato. Su amigo no respondía. Al final salió un contestador automático que le indicaba que éste se hallaba de viaje y que no regresaría hasta unas semanas después. «Mierda —pensó—, era lo que me faltaba para colmo de mi mala suerte».

Estaba tan desesperado que intentó serenarse un momento. Cerca de su casa había un bar en el que solía pasarse muchas horas, bien leyendo o escribiendo. Decidió ir para allá en busca de protección. Al entrar saludó a don Eustaquio, un hombre de unos setenta años de edad con una sonrisa bonachona que se asomaba por debajo de un espeso y canoso bigote. Regentaba una taberna de las de toda la vida, con azulejos decorados con motivos arábigos y fotografías antiguas de Madrid, de esas que tanto les gusta ver a los nostálgicos.

—Buenas tardes. Me alegra verlo de nuevo por aquí. Hacía unos días que ya no venía.

—Buenas tardes, don Eustaquio —respondió el joven con un suspiro.

—¿Le ocurre algo, Arturo? Tiene la cara demasiado pálida. Es como si hubiera visto un fantasma.

—No lo sabe usted bien. Si yo le contara...

—Dígame qué es lo que le apetece tomar que hoy invita la casa.

—Se lo agradezco. Tengo los nervios a flor de piel, así que prepáreme una tila doble.

—De acuerdo, ahora se la traigo —le contestó aquel hombre con una amabilidad casi paternal.

Cuando se marchó el dueño de la taberna, el escritor se percató de que aún tenía un pulso muy acelerado. Mientras reflexionaba un poco sobre lo que le acababa de suceder, llegó un mensaje a su teléfono móvil. Lo abrió creyendo que sería de su amigo Antonio Estrada, pero la sorpresa fue enorme al leer las siguientes frases:

«Los días del pasado ya no volverán. El futuro es un inmenso libro en blanco que aún está por abrir».

Arturo se quedó anonadado al recibir esas palabras. El remitente era desconocido, ya que se lo habían enviado desde un número privado, de manera que no pudo contestar a nadie. A la vez que el tabernero le acercaba una tila muy caliente encima de una pequeña bandeja plateada, el corazón no paraba de latirle con violencia.

Cuatro



Agudo estaba más perdido que un pobre demente en un desierto. Contaba ya con el jugoso adelanto de los 3.000 euros de Sempere, pero más allá de eso, ahora era él quien tenía que cumplir con la misión asignada. Lo primero que hizo fue dirigir sus pasos hacia la Biblioteca Nacional. Esperaba encontrar allí algo interesante sobre el «Libro de las almas». Hacía una mañana de perros, de esas en la que te podía caer encima una manta de agua en cuestión de segundos. El pobre detective, como era natural en él, se había olvidado una vez más su paraguas en la oficina, con lo que llegó a su destino con una pinta que hubiera asustado a cualquiera.

Fue atendido por una mujer de mediana edad que tenía una cara alargada como la de una alpargata.

—Buenos días. Necesito consultar los índices de los libros que tienen registrados.

—¿Busca usted libros publicados antes de 1958? —le preguntó la mujer con una desagradable voz nasal.

—Ha leído mis pensamientos, eso es justo lo que quiero.

—En ese caso necesita un carnet de investigador.

—Mire, no se confunda. Yo no soy un ratón de biblioteca, soy un detective y es de vida o muerte que pueda echarle un vistazo a esos dichosos fondos —aclaró Agudo mostrándole su licencia.

—Si es así, se lo tendré que consultar a mi jefe.

Tras realizar una llamada telefónica, aquella mujer le dijo:

—Está bien, puede pasar, pero sea usted discreto.

—En cuanto realice mi consulta me largaré y no la molestaré más. Se lo juro.

Dicho y hecho. El sabueso se movió con torpeza por aquel lugar produciendo un ruido muy molesto con las suelas de goma de unos zapatos aún mojados por la lluvia. Trató de buscar algún rastro del «Libro de las almas» aunque todo esfuerzo fue en vano. No existía la más mínima referencia sobre el dichoso códice medieval, algo que desesperó a Agudo. No obstante, tampoco le extrañó esa circunstancia teniendo en cuenta que se trataba de un manuscrito que había permanecido perdido durante tantos siglos.

Ante el primer fracaso en las pesquisas que llevaba a cabo, intuyó que el caso iba a ser muy complicado. A continuación salió presuroso de la Biblioteca Nacional sin despedirse siquiera de la mujer con cara de alpargata. Si Sempere lo hubiera visto no se habría sentido demasiado orgulloso de él.

Seguía cayendo esa lluvia impertinente y Agudo sacó uno de esos cigarrillos de olor tan desagradable. Rodeado por aquellas fétidas volutas de humo era incapaz de pensar con suficiente claridad. La búsqueda de ese libro le iba a resultar de lo más incómoda, aspecto que no dejaba de desanimarlo. La única esperanza que albergaba era encontrar a alguien que le diera una pista a partir de la cual pudiera empezar a tirar del hilo de la madeja.

Como el tiempo era muy desapacible, fue corriendo hasta la estación de metro más cercana. El tránsito en el suburbano le pareció inaguantable al tener que permanecer casi todo el camino de pie, agarrado a una barra y haciendo equilibrios de funambulista para no caerse al suelo mientras era aplastado por las personas que atestaban su vagón. Sus pies estaban tan fríos

como la escarcha y por ahí era precisamente por donde siempre cogía los resfriados más fuertes. Había que ser lerdo para olvidarse otra vez el paraguas.

Al fin llegó al bloque. Subió de nuevo por aquel angosto ascensor no apto para claustrofóbicos. No quería saber nada del mundo, de modo que se encerró en su despacho, aislándose de cualquier ruido. Los papeles se le habían amontonado durante los últimos días, pero ahora sólo tenía ya la obsesión de encontrar el «Libro de las almas». Si le hubiese llamado Sempere se hubiera visto obligado a contarle la verdad. Era un momento para él muy delicado, ya que este caso se parecía muy poco a las historias rutinarias que solía investigar.

Estando absorto en estas disquisiciones, escuchó el sonido del timbre de la puerta de su oficina. Aquel ruido seco le hizo dar un pequeño respingo en su asiento. Como un resorte se dirigió hacia la entrada. Al girar la llave —pues siempre acostumbraba a cerrar por dentro— se encontró con una mujer muy atractiva. Tendría unos treinta años como máximo. Era alta, de un metro setenta y cinco aproximadamente. De piel blanca como la porcelana y salpicada por innumerables pecas a lo largo de su cutis facial, poseía unos cabellos rizados de color caoba, cayéndole varios bucles por una frente lisa. Su rostro se recortaba tan delicado como el de una muñeca, destacando unos labios pintados en un tono carmín intenso, algo que contrastaba con la palidez de sus facciones. Sus ojos eran de un color azul marino cobalto y, a pesar de que tenía un cierto aspecto de candidez, en su mirada brillaba un toque de picardía y maldad. Llevaba puesto un abrigo largo que se le ajustaba como un guante a un cuerpo muy estilizado.

—Buenos días, me llamo Carmen Altamira. ¿Puedo pasar, detective Agudo? —preguntó aquella mujer con un tono de voz seductor.

—Claro que sí, no tengo el menor inconveniente. Por favor, deme su abrigo y su paraguas porque veo que está empapada.

—Sí, y parece que no soy la única —le contestó de forma irónica.

—Es cierto, pero tuteémonos. Somos jóvenes y creo que podemos saltarnos los protocolos —replicó rápidamente el investigador cambiando de conversación, ya que no le gustaba admitir sus fallos.

Al quitarse el abrigo, aquella mujer exhibió un largo jersey de cuello vuelto que le caía por debajo de la cintura. Llevaba asimismo unos pantalones marrones y unas botas altas del mismo color.

—He venido aquí, Agudo, porque alguien me ha dicho que eres un detective muy eficiente.

—Depende de qué casos. Me gusta ser sincero desde el principio para que no te lleves ninguna decepción.

—¡Qué modesto eres! ¿Te importa si fumo?

—Claro que no; a la mierda con las leyes antitabaco del Gobierno —protestó el investigador.

El sabueso no le quiso ofrecer uno de sus cigarrillos inmundos porque eso hubiera sido rebajarse al máximo y evidenciar su decadencia. Menos mal que la joven era precavida y llevaba consigo una cajetilla de Lucky Strike. Cuando se llevó el tabaco a sus labios continuó con su conversación.

—Verás, no me andaré con rodeos. Sé que estás buscando el «Libro de las almas» y eso me parece muy interesante.

Al escuchar esto Agudo se sobresaltó. Por lo visto sus movimientos empezaban a dejar de ser desapercibidos para ciertas personas.

—Así es, pero siéntate. Este asunto lo tenemos que discutir más tranquilamente. ¿Qué es lo que sabes del códice? —preguntó el investigador con mucha curiosidad.

—No mucho más que tú, te lo aseguro. Lo que sí te puedo decir es que Sempere es un pájaro de mal agüero. Ten mucho cuidado con él pues no es tan inocente como pinta.

—Mira, no sé lo que conoces de la vida de Sempere. Lo que tengo muy claro es que él es mi cliente. Me ha contratado para encontrar ese dichoso manuscrito y no voy a parar hasta conseguirlo.

—¿Cuánto dinero te ha ofrecido, Agudo?

—Una cantidad muy apetitosa, de eso puedes estar segura, pero no te la voy a decir, ya que eso es algo que sólo nos concierne al anticuario y a mí— protestó el detective indignado ante el interrogatorio de tercer grado al que estaba siendo sometido.

—Está bien, no te pongas así. No quería ofenderte. Te digo todo esto porque mi jefe te quiere pagar 30.000 euros, una cifra que seguro que mejora a la de ese viejo. ¿Te apetece trabajar con nosotros? No te arrepentirás, te lo aseguro. Además, podría ponerte en contacto con varias personas de la ciudad que seguramente te ayudarían con el caso. ¿Qué te parece?

—Todo esto es muy complicado. La oferta que me hacéis es muy jugosa. Lo que pasa es que detesto estar cambiado de novias a cada minuto. No soy el mejor investigador de la ciudad, pero no deseo venderme a cualquiera.

—Bravo, detective —aplaudió Carmen Altamira—. Me gusta ver esa fidelidad en ti. A lo mejor podríamos negociar una cantidad mayor. Deberías pensarlo con calma porque creo que no vas a tener otra oferta tan buena en toda tu vida.

—¿Pero qué es lo que tiene ese maldito libro para que todos andéis como locos detrás de él? O no me he enterado muy bien de la película o creo que estáis como una regadera.

—Todo a su momento, Agudo. Como sabes es un códice medieval, en eso Sempere no te ha mentido. Lo único que te puedo decir es que mi jefe

es tan legítimo dueño de ese códice como el anticuario, así que no debes tener escrúpulos en trabajar con nosotros.

—¿Y qué hago con el viejo?, ¿lo abandono?

—Claro que sí. Tíralo a la basura si hace falta. Es una persona que ya no merece la pena y que está fuera de este juego —dijo Carmen con una sonrisa maléfica impregnada en las comisuras de sus labios.

El detective se quedó descolocado ante aquellos comentarios crueles salidos de una persona con una apariencia tan frágil.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer, sabueso, para que trabajes con nosotros?

—Ya te lo he dicho, no me vendo tan fácilmente. ¿Es que no lo quieres comprender?

—Vamos, no te lo pienses más, Agudo. Te alegrarás de estar a mi lado, te lo aseguro —contestó aquella mujer esbozando un gesto seductor con su mirada—. Son 30.000 euros y te aseguro que habrá otras muchas ventajas.

—Hay algo que no me cuadra en todo esto, Carmen. Si como dices tienes contactos de personas que podrían darme pistas sobre el libro, ¿por qué no lo buscáis vosotros mismos en vez de recurrir a mí?

—No lo quieres comprender, cabeza hueca —bramó la joven cambiando a un tono de voz mucho más soez—. Mi jefe es una persona muy importante y está siempre a tiro de los medios de comunicación. ¿Crees que los periodistas no se regodearían sacando una historia tan jugosa como la búsqueda de un códice medieval?

—Lo entiendo, pero no puedo hacer mucho más.

—Maldito capullo, no eres más que un detective de mala muerte. Si no aceptas nuestras condiciones, te saldrá caro —le amenazó la muchacha mientras se levantaba violentamente de su asiento. Entonces se aproximó hasta el

detective y se plantó a escasos centímetros de él—. No tengas miedo de mí, no muerdo. Anda, hazme caso —le insistió al mismo tiempo que le rozaba levemente su mano con las yemas de unos dedos de seda.

Agudo estaba siendo seducido y sobornado al mismo tiempo sin ningún tipo de miramientos. En su mente se había creado un conflicto moral: ¿debía seguir con el anticuario o por el contrario tendría que fiarse del jefe de aquella desconocida? A la vez que se atormentaba con estas cuestiones era capaz de oler el perfume embriagador que se había puesto Altamira. Tenía tan cerca su piel que se dio cuenta de que era tersa y suave como la de un niño chico.

—¿Va en serio lo de los 30.000 euros? —le insistió apartando su mano de la de su invitada.

—Por supuesto que sí, detective. Cada vez nos estamos entendiendo mejor.

—Déjame pensarlo, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero no tardes mucho porque se trata de un asunto vital.

Antes de marcharse Carmen le dejó su número de móvil y una tarjeta con la dirección de la oficina de su superior, que trabajaba en un famoso despacho de abogados de Madrid. Su nombre era Alejandro Soriano.

—Ven a vernos esta tarde. Es una orden, Agudo —dijo en el mismo momento en que se levantaba y recogía su abrigo del perchero del investigador—. Ya sé la salida, no hace falta que me acompañes.